



AÑO XXIX.

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NÚM. 31.



TRAJE PARA NIÑA DE
CINCO Á SIETE AÑOS.

VESTIDO DE DESPOSADA
(de organdí liso.)

VESTIDO DE DESPOSADA
(de muselina).

VESTIDO DE DESPOSADA
(de raso.)

Agosto 1870.

Al presente número acompaña la hoja de patrones núm. 16.

Ayuntamiento de Madrid

Sumario.—Vestidos de desposada y traje de niña.—Visera para sombrero de hombre.—Ramo para bordado.—Fichú plegado.—Fichú con aldetas de tul negro.—Pantalla.—Cuatro corpiños.—Porta-tijeras.—Asiento para jarro de cerveza.—Traje para niña de ocho á diez años.—Traje de dos tintes.—Traje de cachemira gris.—Traje de viaje para jovencita.—Vestido de piqué blanco para niña de dos á cuatro años.—Traje para niña de seis á ocho años.—Bata.—Vestido de faya gris.—Traje para niña de tres á cinco años.—Traje de sultana color de lila.—Traje de casa.—Traje de lanilla gris plata.—Traje de cachemira blanca.—Traje de fular color de madera.—Traje con aldetas.—Traje de baile.—Traje de faya negra.—Traje para niño de dos á cuatro años.—Traje para niña de diez á doce años.—Traje de cachemira violeta.—Traje de tesor crudo.

Explicación de algunos grabados.—Rosa, novela de costumbres, por doña Isabel Camps Arredondo.—Flores y frutas de cera, por la baronesa de Wilson.—Poesías: El espósito, por la señora doña Julia B. Goltzena; Como muchas, por don Julio Monreal; Mi ilusión, por don Antonio de San Martín.—Revista de modas, por la vizcondesa de Castelfido.—Explicación del figurín iluminado, por Emelina Raymond.—Correspondencia, por la baronesa de Wilson.—Anuncios. Geroglífico.

Vestidos de desposada y traje de niña.

Vestido de organdi liso. Falda de debajo de sarga blanca; corpiño abierto, con camisolín de muselina plegada. La guarnición se compone de un volante plegado y rulos también de sarga. Cinturon de tafetan blanco. Se corta el corpiño por las figs. 1 á 5 (véase la hoja de patrones n.º 15), pero sin la faldeta de la espalda.

Vestido de muselina blanca. Falda de debajo de tafetan blanco; vestido de encima de muselina blanca guarnecida de volantes plegados, y de rulos de tafetan blanco. Para el corpiño el mismo patron ya citado (pero sin las aldetas). La manga va cortada por la figura 18 y la aldetas de delante por la 17. La parte de detrás de la aldetas ó túnica se compone de dos trozos al hilo, de 70 centímetros de ancho por

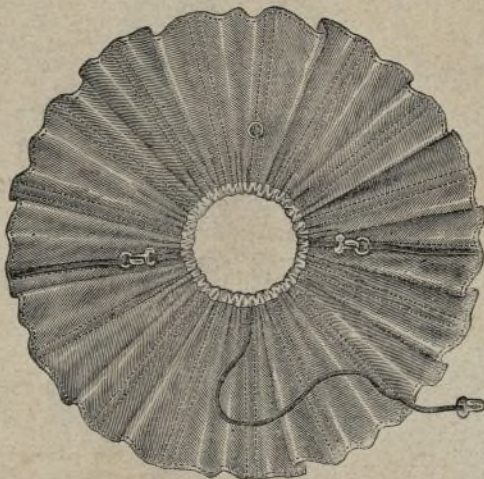
tro de cada uno de estos discos, se saca un pedazo redondo de 19 centímetros de diámetro. Se reúnen los dos discos pespunteándolos sobre su contorno exterior y luego se fijan de trecho en trecho varias ballenas delgadas: el intervalo que separa las ballenas es de 7 centímetros y medio sobre el contorno exterior de la visera y



RAMO PARA BORDADO.



VISERA PARA SOMBRERO DE HOMBRE.



VISERA PARA SOMBRERO DE HOMBRE (desplegada).

80 de largo cada uno, un poco redondeados en sus picos de delante. Se les junta en medio, por detrás, y luego se les pega á la aldetas de delante. Desde esta aldetas, la de detrás va fruncida hasta 16 centímetros de distancia del borde inferior, de tal manera que la parte fruncida tenga 24 centímetros de largo. Diadema de flores de naranjo, y velo grande de tul. En el lado derecho del corpiño un ramito de flores de naranjo.

Vestido de raso blanco. Vestido largo; corpiño alto con aldetas. El borde inferior del vestido se guarnece con tres bieses de la misma tela, y la aldetas con un encaje ancho de Valenciennes y un biés de raso: encaje más estrecho en el escote del cuello y en la manga: cinturon de cinta de raso blanco. Velo de tul y flores de naranjo. Córtese la aldetas por las figuras 19 y 20 y el corpiño por las figuras 1 á 5 (véase el recto de la hoja de patrones número 15).

Traje para niña de cinco á siete años. Vestido de debajo de moer blanco, plegado en toda su altura: corpiño alto, plegado, de la misma tela, con mangas largas no plegadas. Túnica de fular liso, azul de China, con rizados iguales; corseillo con aldetas, igual á la túnica. Se prepara el corpiño por las figuras 13 á 16.

Visera para sombrero de hombre.

Esta visera sirve para prolongar el ala insuficiente de un sombrero y dar sombra al rostro. La visera se compone de dos discos de tafetan de 48 centímetros de diámetro cada uno: el de encima es de tafetan del mismo color del sombrero y el de debajo de tafetan verde. En el cen-



RAMO PARA BORDADO.



FICHÚ PLEGADO (delantero).

FICHÚ CON ALDETAS DE TUL NEGRO.
(Explicación en la hoja de patrones).

FICHÚ PLEGADO (espalda).

is pi-
ás, y
esta
os de
parte
e flo-
recho

alto
e con
ncaje
s es-
on de
Cór-
or las
s nú-

lo de
orpi-
as no
zados
pre-

te de



Lerou, imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris.

Ayuntamiento de Madrid

Nº 6.

de 3 centímetros en su contorno interior. Este va ribeteado con una tira de tafetan del mismo color del sombrero, formando una jareta por donde se pasa un cordón elástico de 34 centímetros de largo, que se estira un poco cuando se quiere fijar la visera. Sobre el forro, y por consecuencia en el interior de la visera, se ponen cuatro cordones elásticos; cada uno de estos cordones terminan en una corcheta grande, que tienen por objeto fijar sólidamente la visera al sombrero. Para sujetar éste á la cabeza, se pone un trozo de cinta elástica más largo pegado á la jareta, y cuyo gancho se enlaza con una anilla puesta de la otra parte de la visera.

Dos ramos para bordados.

Se les borda sobre raso negro ó de color, para sillas de lujo, etc.



CORPIÑO N.º 2.

el excedente de tela sobre el contorno, se festonea éste, se pone el tafetan sobre el cartón y éste sobre el forro, y se reúne todo, picando la aguja al través del feston. Se pega esta pantalla á un mango de madera ó metal dorado, con algunos agujeros, y hendido en su parte superior.

Cuatro corpiños.

N.º 1. De muselina blanca, con tirantes plegados, ribeteados de encaje y guarnecidos de cinta de tafetan azul; botones forrados de tafetan azul. Se prepara este corpiño por las figuras 38 y 39 (véase el verso de la hoja de patrones número 12), limitando la abertura de los delanteros á la línea de puntos de la fig. 38. Se guarnece el escote con un encaje fruncido, de 2 centímetros de ancho; por debajo de este encaje se pone un rizado hecho con dos encajes de un centímetro de ancho, cosidos pié contra pié. Los tirantes van formados de dos tiras de muselina plegadas, ribeteadas de encaje, y que tienen 3 centímetros y medio de ancho y un centímetro y medio en cada extremo. La misma guarnición en las mangas.

N.º 2. De muselina. Se corta este corpiño por las figuras 38 y 39, 43 y 44 (véase el verso de la hoja de patrones núm. 12). El escote va guarnecido de encajes de Brujes de 4 y 8 centímetros de ancho. Entre los dos encajes se pone un rizado de tafetan azul, recortado, de 2 centímetros de ancho.

N.º 3. De muselina. El escote va ribeteado de una tira de muselina plegada al través, de 4 centímetros de ancho, ribeteada por cada lado con un entredós de encaje de 2 centímetros de ancho, cuya costura va tapada con una tira de muselina cortada al sesgo, muy estrecha, y *pespuntea-*

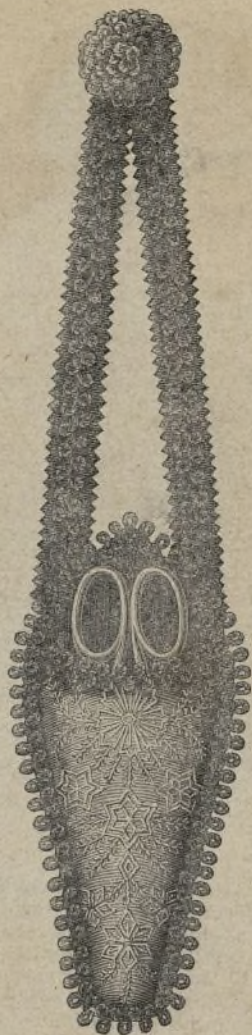


CORPIÑO N.º 1.

Pantalla.

La fig. 25 (recto) representa este objeto.

Esta pantalla, que es muy original, y representa un ala de pájaro, está hecha de tafetan verde y bordada con seda verde torcida. Córtese el tafetan de la pantalla por la figura 25, —un pedazo de cartón y de tafetan blanco por la misma figura. Se trasporta el dibujo sobre el tafetan, se le ejecuta al feston, punto torcido al sesgo y punto ruso; se recorta



PORTA-TIJERAS.



PANTALLA.

da. Debajo de esta guarnición, la muselina del corpiño va recortada. Al entredós inferior se une una tira de muselina doble, cortada al hilo, de 2 centímetros de ancho; se la cubre con un encaje fruncido, de 7 centímetros de ancho, puesto en espiral. Se cortan los delanteros y la espalda por las figuras 38 y 39 (véase el verso de la hoja núm. 15) y la manga por las figuras 43 y 44 (véase la misma hoja). Para cada manga se prepara un volante de muselina plegada 6 centímetros más estrecho que la figura 44; se guarnece este volante con encaje de 7 centímetros de ancho, y un entredós de 2 centímetros.

N.º 4. De fular cruzado, color de maíz, con bordado que se ejecuta con seda negra torcida. Un dibujo especial reproduce este bordado, que se hace sobre tiras de fular de 6 centímetros de ancho. Córtese el corpiño por las figs. 38 y 39 (véase la hoja n.º 15) pero sin detenerse en las líneas que trazan el escote y limitando el corpiño á las líneas lisas. Puede ejecutarse también el dibujo de la otra tira.

Asiento para jarro de cerveza.

La pág. 28 (verso) representa este modelo.

Se corta este asiento de fieltro gris, dándole 12 centímetros de dimensión en todas direcciones. El dibujo va bordado al puntoruso con lana inglesa encarnada.

Rosácea para tocados.

Las figs. 26 y 27 (verso) pertenecen á este objeto.

Se fija esta rosácea (cuyo grabado publicamos en el número anterior) al cabello por medio de un alfiler largo y negro. Se la hace de terciopelo negro ó de color, disponiendo sobre un disco de tul rígido los ocho pétalos que componen el círculo exterior. Estos pétalos van cortados por la fig. 26.

Para el cáliz se cortan 5 pétalos por la fig. 27, y luego otros 5 por la misma figura, pero más pequeños.



CORPIÑO N.º 3.



CORPIÑO N.º 4.

ROSA,

novela de costumbres

ORIGINAL DE LA

SRTA. D.ª I. CAMPS

ARREDONDO.

(Continuacion.)

VII.

Rosa agotó la fuerza de su mano y de su espíritu; la noche que escribía por última vez las líneas que dedicaba á Mariano, y cayó al suelo desfallecida cuando llegó á la última palabra, que no pudo concluir.

Mistress Ketti, que la oyó caer, acudió al instante, encontrándola sin conocimiento.

La tomó en sus brazos, y aunque con gran trabajo, la acostó: luego le prestó todos los auxilios que en sus circunstancias y á tal hora de la noche pudo, y esperó con afán la venida del día.

Entonces se acercó á la enferma, á quien creyó dormida, durante la noche, y notó con profundo sentimiento que era presa de una fuerte fiebre cerebral.

Al punto mandó venir al médico que la asistía en todas sus enfermedades, dando la coincidencia de ser el mismo que asistía á doña Pilar, la tía de Rosa, en cuya casa le conoció.

En cuanto el anciano doctor vió á la joven, la conoció, quedando sorprendido de hallarla allí, y en tal estado.

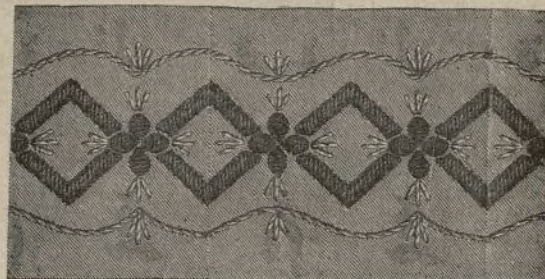
Después de examinar su semblante y saber el sistema de vida de la enferma, dijo que la enfermedad presentaba mal carácter: la parte moral tomaba una muy activa, y



TIRA BORDADA PARA CORPIÑO.



ASIENTO PARA JARRO DE CERVEZA.



BORDADO DEL CORPIÑO N.º 4

TRAJES DE PASEO DE CASA Y REUNION.



TRAJE PARA NIÑA DE OCHO
A DIEZ AÑOS.

TRAJE DE DOS TINTES.

TRAJE DE CACHEMIRA GRIS.

TRAJE DE VIAJE PARA JOVENCITA.

TRAJE DE PIQUÉ BLANCO PARA
NIÑA DE DOS A CUATRO AÑOS.

TRAJE PARA NIÑA DE
SEIS A OCHO AÑOS.

BATA.

VESTIDO DE FAYA GRIS.

TRAJE PARA NIÑA DE
TRES A CINCO AÑOS.

TRAJE DE SULTANA
COLOR DE LILA.

TRAJE DE CASA.



TRAJE DE LANILLA
GRIS PLATA.

TRAJE DE CACHEMIRA
BLANCA.

TRAJE DE FULAR
COLOR DE MADERA.

TRAJE CON ALDETAS.

TRAJE DE NIÑA.

TRAJE DE FAYA NEGRA.

TRAJE PARA NIÑO DE
DOS A CUATRO AÑOS.

TRAJE PARA NIÑA DE
DIEZ A DOCE AÑOS.

TRAJE DE CACHEMIRA VIOLETA.

TRAJE DE TUSOR CRUDO.

(Las explicaciones de las figuras de esta página se hallan en la hoja de patrones.)

Ayuntamiento de Madrid

era preciso combatirla al mismo tiempo que el padecimiento físico.

Quería mucho á Rosa, como sabe el lector, y se tomó un gran interés por ella; recetó algunos medicamentos, y se despidió hasta la noche.

La buena mistress Ketti rezaba, y observaba á la enferma en silencio.

Esta pasó aquel día y los dos siguientes como aletargada y sin conciencia de lo que sucedía á su alrededor.

El doctor la visitaba dos ó tres veces al día, la observaba mucho, y se propuso arrancarla de las garras de la muerte. Y la inglesa así lo esperaba también, pues tenía una fe ciega en la ciencia de aquel hombre.

Recetaba las medicinas sin escasear medio alguno, dándoselas muchas veces por su mano, y permaneciendo al lado de la enferma para observar su efecto.

Un día, mientras mistress Ketti fué á la botica, que eran los momentos que el anciano doctor permanecía al lado de Rosa porque no quedara sola, ésta dió un suspiro triste y prolongado, balbuceando un nombre que el doctor no pudo entender.

Le tomó el pulso otra vez, y dijo con pena y moviendo la cabeza: ¡Pobre Rosa! ¡Pobre joven!

Pasado un rato la enferma abrió los ojos, aquellos ojos tan grandes, tan inteligentes, y cuya mirada, turbia é incierta ahora, parecía buscar alguna cosa.

Luego quiso levantarse, arrojarse al suelo. Pero el médico la detuvo, la acostó de nuevo y la abrigó, sin que opusiera la más pequeña resistencia, volviendo luego á su primera inmovilidad.

El doctor movía la cabeza y seguía en observación, pensando que el haber salido Rosa de aquel estado de postración anterior, aunque por pocos momentos, acaso era un síntoma favorable.

Rosa insensible á cuanto la rodeaba, y el anciano observándola, permanecieron largo rato: luego la puerta se abrió empujada con alguna violencia, y apareció la inglesa triste y grave.

—Perdon, doctor, por mi tardanza: yo estaba impaciente, pero la culpa no es mía.

Y despues de todo no traigo la medicina, tengo que volver por ella á las tres.

Había en la voz de la anciana algo de despecho, de contracción, de lucha interior.

—Por eso no se disguste usted, señora; es verdad que espero mucho de esa medicina; pero aun hay tiempo, y solo siento me falte para ver á mis numerosos enfermos; si no aquí permanecería hasta dársele por mi mano.

Es cierto que nuestra querida enferma ofrece hoy por hoy mucho cuidado; mas espero, si Dios me ayuda, vencer la enfermedad.

Cuando traigan la medicina, se la da usted al momento y de la manera que ya sabe: y observe usted bien los síntomas todos, para decírmelos luego, sin omitir ninguno absolutamente.

Al concluir el médico estas palabras, se despidió, prometiendo volver por la noche.

Mistress Ketti se colocó á la cabecera del lecho de Rosa, donde permaneció hasta la hora de volver á la botica.

Lo que hirió la susceptibilidad de la inglesa, poniéndola en aquel estado, fué que la medicina no se la quisieron dar, á pesar de que estaba hecha: era muy cara y no le alcanzaba el dinero que tenía.

Pidió un corto plazo, y se marchó á su casa con la idea de desprenderse de algun objeto de su uso ó de Rosa; pero ya habían sido vendidos.

Hizo una nueva pesquisa, más escrupulosa que las anteriores, encontrando al fin algunas cosas, que aunque necesarias, no vaciló en desprenderse de ellas, pues que era en beneficio de su desgraciada compañera.

Entonces llamó á la portera, le rogó fuese á vender aquellos objetos, y se trajese la medicina á la vuelta, pagando su importe con el producto de la venta.

Luego volvió al lado de Rosa, y allí sola y en silencio lloró y rogó á Dios por la salud de su querida señorita.

VIII.

Así pasaron cerca de ocho días: Rosa seguía en el mismo estado de postración.

El doctor, con el esmero del hombre que comprende su misión en todo su valor, al mismo tiempo que con el cariño de un padre, cuidaba, observaba y estudiaba todos los trámites de la enfermedad.

El día á que nos referimos, que era el octavo, recetó otro medicamento más eficaz aun que los anteriores, y se marchó.

La anciana tomó la receta en su mano, y despues de contemplarla un rato, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotras en este caso?

Hace dos días que no tengo ningun dinero; que me fian por un escudo de bondad lo más preciso; pero en la botica no me fiarán, estoy segura, y no puedo mandar tampoco por esta medicina que tan precisa es.

Así era en efecto; la enfermedad se dilataba, y los recursos eran cada vez más escasos, no quedándoles ya nada que vender.

Todo era dolor y miseria allí, aunque la rígida inglesa trataba de ocultar el verdadero estado de la casa bajo una apariencia falsa.

Desesperada y sin saber qué partido tomar, si acudir á una de esas santas sociedades que socorren la miseria que se oculta, que es la verdadera miseria, ó salir á implorar la caridad pública.

Optó por lo segundo, por creer en un resultado más pronto; y al efecto entró en el cuarto de la enferma, á ver si estaba sosegada, y salir á la calle, aprovechando aquellos momentos.

La encontró vuelta á la pared, y descubiertos los brazos y la garganta. Le colocó aquellos debajo de las ropas, y al cubrirle los hombros, una idea repentina la asaltó, cruzando por su mente como el rayo de la esperanza.

Púsole en ejecución al instante, sin dar lugar á que la reflexión le hiciera conocer las consecuencias que tener pudiera despues.

Aquella idea fué la de vender la Virgen del Pilar que tantas veces había visto al cuello de Rosa, cuyo valor, segun su cálculo, era suficiente hasta la convalecencia de aquella, en que ya se pudiera hacer cargo de sus lecciones, interrumpidas por su mal.

Era, en efecto, una verdadera alhaja.

La componía un busto de plata, de pulgada y media de altura, todo cubierto de una preciosa filigrana de oro, de mucho trabajo y mérito artístico, toda sembrada de brillantes de gran valor.

Decidida y sin vacilar, se acercó á la enferma, le tomó una mano que besó como para implorar su perdón, por una acción que jamás cometiera, á no ser en tan apurado caso, y abrió la cadénita que sujetaba el medallón y la veneranda imagen. ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Da gracias á Dios por no comprender la sustracción aquella, pues entonces tu pesar no hubiera tenido límites ni consuelo!

La anciana tomó la Virgen con mano trémula, la besó, y salió á la sala de afuera.

Trató de limpiarla, y haciendo esfuerzos para devolverle su brillo y blancura, siente que de la base de la columna se desprende un tornillo.

Lo destuerce por completo, y ve con sorpresa que en su interior aparece un papel.

Lo saca, lo desdobra, lo lee, y su admiración es tal, que el papel cae de sus manos al suelo.

Lo levanta toda temblorosa, se pone los lentes por si sus ojos la engañan, y lee en letra microscópica:

«Testamento de doña Pilar de Lara, marquesa de la Colina, á favor de mi amada sobrina doña Rosa de Lara y Pizarro: cuyo original está en la escribanía de la Colina, otorgado ante el escribano de aquel punto, el año próximo pasado, y con la condicion de no entregarlo hasta un año despues de mi muerte, si antes no ha sido presentado este papel.»

Era efectivamente el verdadero testamento de la tia de Rosa, que quiso valerse de aquel medio; bien por no dejar nada al sobrino de su marido, el cual, como sabe el lector, nunca puso los medios para merecer ni el cariño, ni el recuerdo de su tia, ó por uno de esos caprichos inexplicables en un moribundo, y de que se han visto tantos ejemplos.

Algo repuesta mistress Ketti de su sorpresa, volvió á colocar la Virgen en el cuello de la joven, guardando cuidadosamente el papel, hasta la venida del doctor, á quien pensó referirle el caso, y que éste se hiciera cargo de las diligencias que se debieran poner en ejecución, puesto que tan interesado estaba por la desgraciada huérfana.

Se sentó otra vez al lado de Rosa, tomó su mano, y creyó notar lo que en su precipitación al salir no advirtió; que el calor no era tan fuerte, ni tanta la frecuencia del pulso.

Entonces, con algo de esperanza, tomó su Biblia, que era su consuelo en todas las circunstancias difíciles de su vida, y leyendo en ella esperó.

Cerca de dos horas habían pasado, cuando sonó la campanilla, sacándola de su abstracción.

Era el doctor que volvía antes de la hora acostumbrada, tanto por haberlo así prometido, como para ver el efecto de la última medicina, de la que esperaba un buen resultado.

—Cuánto me alegro que venga usted, mi buen amigo, le dijo mistress Ketti, más animada: mi impaciencia era grande, pues tengo que comunicarle un secreto de la mayor importancia. Además, he creído notar en nuestra querida enferma algun síntoma favorable, y deseo saber de su boca que no me equivoco.

El bondadoso médico se sonrió, y penetró en el cuarto de la enferma.

Abrió la ventana, la miró con fijeza por espacio de un minuto, le tomó el pulso y exclamó con alegría: No se equivocó la observadora inglesa.

Luego llamó á Rosa, le hizo una ó dos preguntas, á las que contestó despues de un largo espacio de tiempo, con voz débil y de una manera lenta y esforzada, que no era tan fuerte la opresión del pecho, ni sentía tanto el dolor de la cabeza.

Aquella respuesta inesperada llenó de gozo al doctor, pues probaba dos cosas: que la enferma contestaba acorde, y que sentía el mal, pudiendo ya dar razón de su estado.

Entonces se volvió á mistress Ketti, y le dijo: Efectivamente, la enferma está algo mejor, y si los síntomas que hoy noto pierden el carácter que presentan, creo que cantaremos victoria.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! dijo la anciana juntando las manos y llorando de alegría.

Nuestra Señora del Pilar se ha compadecido de nosotras, y esta es la prueba, despues del alivio de nuestra querida Rosa.

Diciendo estas palabras, presentaba al doctor el papel hallado en el interior de la columna de la Virgen.

Aquel tomó el papel, se puso también las gafas, y leyó su contenido.

En estremo sorprendido, preguntó con afán:

—Señora, ¿dónde estaba este papel? ¿Cómo ha sido descubierta? Conteste usted pronto.

—De una manera tan rara como sencilla, y que á mi modo de ver, es providencial, contestó la anciana.

Entonces refirió, cómo desesperada por no poder comprar la medicina recetada últimamente, y de la cual pen-

dia la vida de Rosa, iba á salir á pedir una limosna.

Que al separarse de ésta con ese objeto, le ocurrió vender la alhaja, cuyo resultado fué tan feliz como inesperado.

—¿Y no ha comprado usted la medicina?

—No la he comprado, y ya sabe usted por qué, respondió el aya.

—Es verdad, es verdad, dijo el anciano, como reconviéndose á si mismo.

Esto lo debía yo haber previsto: torpe de mí.

Y mientras pronunciaba esta palabra, introdujo la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una moneda de cinco duros que entregó á mistress Ketti, y le dijo:

—Traiga usted al momento la medicina, y mientras tanto, yo permaneceré al lado de la enferma.

La anciana salió ligera, cual si tuviera treinta años menos, y media hora despues ya estaba de vuelta.

El doctor tomó la medicina en su mano, la examinó á la luz, la paladeó y dió á Rosa una toma.

Luego se despidió lleno de esperanza, de que al volver por la tarde, habría obrado segun su deseo y su convicción.

IX.

Cuando el doctor salió de casa de Rosa, se dirigió á la de su abogado, con el cual consultó largo rato encerrados en su despacho, saliendo una hora despues, decidido á entablar inmediatamente el pleito, hasta conseguir que se declarara á Rosa como legítima heredera del título y bienes de doña Pilar de Lara, su tia carnal.

Era preciso, indispensable, sacar á Rosa del estado en que se encontraba.

El bueno del doctor, con una actividad que no era propia de su edad, ni de su carácter, y con el afanoso interés del que hace un bien, se prometió á si mismo no descansar hasta salir con su empeño adelante, para devolver á su querida protegida, lo antes posible, la salud, la posición y la tranquilidad de que tanto necesitaba.

Se practicaron las primeras diligencias sin pérdida de momento, y despues de ser llamado por el juez el escribano de la Colina para que entregara el testamento en cuestión, éste hizo entrega de él al reconocer el papel encerrado en la columna de la Virgen, y colocado allí por la difunta á su presencia.

Muy interesado el abogado, amigo del doctor, por Rosa, quedó encargado de su defensa; y reunidos en su poder todos los documentos, pruebas y antecedentes, el pleito quedó entablado, activándolo cuanto les fué dable.

El anciano médico, muy satisfecho de ver las cosas en tan buen estado, salió frotándose las manos, y diciendo en voz tan alta que llamó la atención de los que pasaban por su lado: Rosita, hija mía, ánimo y venceremos en ambos casos.

Te arrancaré de los brazos de la muerte, para arrojarte en los de Mariano, y tu dicha será tan completa como la mía, por haber contribuido á ella.

Así que hubo concluido cuantas diligencias tenían relación con el pleito de la herencia, visitó á todos sus enfermos, con el objeto de acompañar á Rosa más tiempo, durante aquella noche de crisis.

A las ocho ya estaba á su lado.

Media hora despues le dió otra toma del medicamento salvador, y su alegría fué estremada al notar sus efectos, cada vez más favorables y anticipados al tiempo en que él los esperaba.

Llamó á mistress Ketti, y le dijo: esto va bien, amiga mía.

—Dé usted gracias á Dios, pues creo que Rosa se ha salvado.

—¡Con toda mi alma! respondió la anciana llorando de contenta.

—¡Oh! Ya puedo morir tranquila, si alcanzo á ver buena y contenta á mi querida señorita.

—Nadie hable aquí de morir, dijo el doctor sonriendo: Rosa vivirá, será rica y feliz, y usted nada tendrá que desear á su lado; pues es de esperar que no la abandone usted en la opulencia como no lo hizo en la desgracia.

—¡Nunca! si ella no me lo manda.

Aquella noche permaneció el doctor al lado de la enferma hasta las doce: á esa hora se retiró, dejando á mistress Ketti enterada del buen estado del negocio del testamento; y recetó otro medicamento que debía darse á la enferma, muy temprano al día siguiente, para asegurar su tranquilidad en el periodo de curación en que había entrado.

X.

Ha pasado cerca de un mes.

Rosa está ya en convalecencia, aunque de una manera muy lenta, contribuyendo mucho á su alivio la tranquilidad que tiene respecto de su porvenir.

El anciano doctor, con un tacto exquisito, ha ido poniéndola en antecedentes, refiriéndole todo lo ocurrido durante su enfermedad, manifestándole también el buen estado del pleito entablado á su favor, del que se esperaba un buen resultado.

Es verdad que aun no sabía nada de su prometido, de su adorado Mariano; pero abrigaba la esperanza de saber pronto de él, pues el bueno del doctor se había encargado de esto también. ¡Qué hermosa, qué santa es la misión del médico para el que la comprende en toda su grandeza! Curar el alma al par del cuerpo, es una gran cosa; pues la mayor parte de las veces, ésta es la que lleva la parte más activa.

Así las cosas, llegó el día de la vista del pleito.

Una gran concurrencia llena el local de la Audiencia. Está excitada la curiosidad pública y esperan con impaciencia el resultado.

El abogado defensor de Rosa, toma la palabra.

Espona todo lo que tiene de indigno el proceder de

publo, como usurpador de aquel derecho tan ligitimo, tan reconocido, tan probado: así como el desinterés, la abnegación y el buen comportamiento de la huérfana.

Todo esto dicho con su elocuencia acostumbrada y con la seguridad del que obrando en justicia es guiado por ella.

Cuando el orador concluyó de hablar, el auditorio estaba conmovido. Daba grandes muestras de aprobación, y quedó uno solo de los oyentes que no estuviera plenamente convencido del derecho que asistía á la sobrina de la difunta.

Pero el que gozaba de una manera escesiva, completa, era nuestro amigo, el infatigable doctor.

Así es que en cuanto el abogado concluyó su defensa, aquel no pudo contenerse y se fué á él con los brazos abiertos y los ojos arrasados de lágrimas.

—Quiero ser el primero en felicitarte, le dijo.

Has estado admirable, y estoy completamente convencido de que ganamos el pleito.

—¿Cuál es tu parecer?

—Hoy por hoy, contestó el abogado, creo lo mismo que tú; aunque pudiera suceder que destruyera el efecto que deseamos, cualquier cosa imprevista: pero no es de esperar.

—Yo no tengo ese temor, dijo el doctor con una seguridad profunda.

Al concluir estas palabras, se separaron los dos amigos.

El médico se dirigía á su casa, cuando oye que le llaman por su nombre.

Se vuelve hacia la persona que le llamaba, y se encuentra manos á boca con Mariano, el prometido de Rosa.

Su placer fué muy grande, manifestándose en un estrecho y prolongando abrazo.

—¿Usted por aquí, mi querido amigo?

—¿Cuando ha vuelto usted de las Canarias?

—Hace solo dos horas, y he buscado á usted con afán; pues he ido á casa de Rosa y no la he encontrado. Hay en aquella casa un trastorno completo y nadie sabe de ella ni yo recibo carta suya desde hace muchos dias.

Después me dirigí á casa de usted, por si me podía dar algún indicio; el criado me guió á la Audiencia, y aquí estoy.

—¿Qué pasa, doctor?

—¿Qué es de mi prometida, de mi adorada Rosa?

—¿Dónde está que yo no la pueda encontrar?

—Lo sabe usted, acaso?

Todas estas preguntas fueron hechas con tanta vehemencia y de una manera tan precipitada, que no dejaban lugar para satisfacerlas todas.

—¡Oh! Hable usted pronto por Dios, doctor.

—Necesito encontrarla, verla, consolarla y saber de su misma boca lo que motivó esta malhadada separación que me mata, y este cambio tan completo en todo.

—Só el paradero de Rosa, contestó el anciano con una calma que contrastaba completamente con la impaciencia del joven.

Entonces el doctor se asió del brazo de Mariano y se dirigieron á su casa.

Ya en ella, el dueño dió orden á su criado de que no estaba para nadie, y sentados el uno frente del otro, fumando magníficos puros, hablaron largo rato.

El doctor descubrió á Mariano el paradero de su amada y le refirió cuanto tenía relación con ella; menos lo de la herencia y el pleito, ocultándose hasta hablar con Rosa; pues le oyó decir alguna vez que deseaba que Mariano no supiera nada hasta su terminación.

Mariano estaba loco de alegría.

Se levantó de la butaca y se fué al anciano, al que estrechó entre sus brazos, por deberle la felicidad de haber encontrado á Rosa.

Pasado un rato, Mariano se despidió hasta el siguiente día, en que debían ir juntos á verla, quedando el doctor en el encargo de prevenirla para aquella visita.

Y, en efecto, aquella misma noche le participó el anciano médico á la joven, que Mariano estaba ya en Madrid, y que al día siguiente á las doce ambos se presentarían en su casa.

Rosa rogó de nuevo á su buen amigo que guardase con su prometido el mayor secreto respecto de la herencia, hasta que ella le avisara; pues tenía formado un plan, al efecto, y deseaba saber el resultado del pleito para hablarle de él.

El doctor accedió y guardó un secreto inviolable, tanto por no ver en ello un mal, cuanto por complacer á Rosa.

XI.

Ya adivinarás, mi querida lectora, pues creo que, tanto Rosa como yo, que escribo estas líneas, seremos mejor comprendidas por tí, siendo mujer, que por un hombre; ya adivinarás, repito, de qué manera inundó su corazón la luz de la alegría, de la esperanza.

Y con qué afán aguardaría la aurora de aquel día en que esperaba la de su felicidad.

No pudo dormir en toda la noche.

Así que percibió el primer rayo de luz, se arrojó del lecho, llamó á mistress Ketti, y fueron á oír la misa del día, poética como ella sola, y en esa hora en que todo es alegría, todo sentimiento, todo pureza.

Esa hora bendita, en que las preces del sacerdote y de sus oyentes se unen al himno de gracias por la creación entera eleva al trono del Altísimo, en ese lenguaje enigmático y elocuente de las aves en sus gorjeos, las aguas en sus murmullos y las flores en sus perfumes.

Después de concluida la misa, se dirigieron á dar un paseo al Retiro.

Rosa hablaba poco; al contrario de la inglesa, que aquel día tenía una locuacidad tal, que hubiera escitado la risa

á cualquiera otra persona que no estuviera tan preocupada como su compañera.

Eran las dos muy felices, aunque cada una de ellas expresaba sus impresiones á su manera.

Rosa callaba y sentía.

Le parecía que era la vez primera que veía el cielo y el sol; que aspiraba aquel ambiente matinal, tan suave, tan balsámico.

Creía renacer, y daba gracias á Dios en el fondo de su alma por tanto bien como le merecía.

Volvieron á su casa.

Rosa muy cansada, pues aun estaba convaleciente.

Mistress Ketti le preparó un refrigerio, que apenas probó la joven, y mientras el aya fué á desempeñar las faenas domésticas, ésta se puso al tocador, que, aunque siempre era muy sencillo, aquel día quiso que fuese algo más esmerado.

Después se puso á bordar, esperando con impaciencia la hora en que volvería á ver á Mariano.

¡Mariano! ¡Cómo latía el corazón de Rosa á su recuerdo!

Deseaba con afán verle, confiada en su amor, y le parecía que el tiempo se paraba.

Pero cuando pensaba en que pudiera no ser ya amada por él, ¡oh! entonces le parecía que las horas se precipitaban, y temía el momento de volver á verle.

Así pasó más de una hora.

Rosa se levantó, abrió el balcón y se asomó, no precisamente por impaciencia, sino porque le faltaba aire que respirar.

Permaneció allí largo rato, preocupada, distraída, cuando repentinamente se cubrió su rostro de una palidez mortal.

Había visto por el ángulo más lejano de la calle aparecer al doctor y á Mariano.

Se entró precipitadamente, se sentó toda trémula en su silla de costura y puso la mano sobre su corazón como para contener sus desordenados latidos.

A los pocos momentos penetraron en la estancia nuestros dos amigos.

—¡Rosa!

—¡Mariano!

Estos dos nombres fueron simultáneamente pronunciados por los dos amantes con inesplicable acento.

Mariano se acercó á su amada, y, reteniendo entre sus manos las de Rosa, le dijo mirándola de una manera prolongada, intensa, apasionada:

—¡Oh! ¡Cree perderte, Rosa mía!

Dime, ¿qué motivó tu resolución de separarte de mí y de todo cuanto te rodeaba?

¿Pudiste nunca creer que tu cambio de posición fuera un obstáculo á mis compromisos y á mis proyectos respecto de tí?

—¡Es que era tan desgraciada, Mariano mío! respondió Rosa.

(Se concluirá.)

FLORES Y FRUTAS DE CERA.

Esta preciosa labor, que adorna los salones más aristocráticos de Londres y París, empieza también á gozar de gran boga en España, y condescendiendo con los deseos de algunas suscriptoras, damos algunos detalles que puedan servir para hacer los primeros ensayos.

Los mejores moldes son de patata, la que se abre por la mitad y se alisa con un ladrillo nuevo, poniendo después encima una hoja de la flor que se desea obtener, se corta con una navajita ó cortaplumas, y se deja un poco gruesa, para que por la parte exterior se clave sin traspasar una cañita aguzada que le sirva de cabo. Generalmente cada flor tiene tres moldes, grandes, medianos y pequeños.

La pasta se prepara poniendo en un baño-maria la cera en pasta, á la que se añade un poco de bálsamo Copaiva para darle flexibilidad y que no se quiebre la hoja. El modo de introducir el molde es cogerlo por la cañita y presentar á la cera la parte alisada de la patata tocando ligeramente la superficie de la cera y enderezándola un poco sobre la punta de la hoja, hasta que esta se encaje y se desprenda con facilidad de la patata.

El colorido se da poniendo en una muñequilla la pintura en polvo del color que se desee, añadiéndole un mango de palo, y se frota en el plato en donde está el líquido, graduando el color, según el de la flor, y apelando en esto al buen gusto.

Los colores que generalmente se emplean, son: para el pajizo, amarillo veg; para el azul, azul de Berlin ó ceniza de Santo Domingo; verde, amarillo y azul; morado, amarillo y carmin, carmin y azul, encarnado y rosa, carmin laca, graduándolo. Para las dalias, claveles y en general para todas las flores rojas, se obtiene un color precioso pulverizando el carmin y dándolo sobre las hojas con un pincelito.

Después de hechas las hojas de la flor que se quiera, se les quita la rebaba y con unas pinzas se las da la forma que exija. Preparadas ya, se corona el centro y se empieza á formar la flor, bastando para adherir las hojas la presión de los dedos.

Las hojas verdes y el musgo se compran hechos, por ser más económico.

Si estas esplicaciones no fuesen suficientes, compla-

remos á nuestras abonadas con otras más detalladas, no dudando de los deseos que abrigamos de que las damas y señoritas españolas posean todas las habilidades que proporciona la educación extranjera.

LA BARONESA DE WILSON.

EL ESPÓSITO.

¿A dónde, pobre niño, tu pié guías por este mundo de maldades lleno?

¿No saben tu virtud y tu inocencia que el sarcasmo cruel y el necio orgullo solo una risa de impiedad horrible tendrán para acallar tu tierno lloro?

La gala, el esplendor, la donosura, cuanto en el orbe el sol con su luz dora, que de tí en derredor, dicha brindando, tus ojos, turbios por el llanto, admiran, todo no basta á deshacer la niebla que acumula el dolor en tu alba frente.

Jamás en ella de tu madre ¡ay triste! se posaron los labios un instante; jamás tierna caricia, dulce halago, separó de tu sien los rizos bellos.

Hombre serás, y á tu ambición de gloria opuesta siempre mirarás tu cuna: terrible valladar, que solo puede el talento salvar en ráudo vuelo.

El amor, la amistad, celestes flores del sòlio del Eterno desprendidas, quizá te presten su divino aroma; mas ¡cuánto desengaño, antes de hallarlas, correr por tus mejillas hará el llanto!

Quizás al hombre que, altanero, insulte tu alma, por la pena desgarrada, tu desgracia y tu sér á un tiempo debas; quizás la bella, á quien amor juraste, abrió tus ojos á la luz del día.

Infausto es, pobre jóven, tu destino; mas no así flores, no, tu llanto enjuga, que el Padre celestial desde su trono al través los escollos te conduce que el hombre encuentra en el revuelto mundo.

El en tu pena te dará consuelo; sobre tu frente, que el dolor velára con fúnebre crespón, verterá, afable, de esperanza inmortal puro rocío.

¡Si tu alma sientes de amargura henchida, la tarde al declinar en tu horizonte; si profundo dolor tu pecho oprime, del alta noche en el silencio augusto, las lágrimas tu faz deja que bañen! Porque ese llanto, que desde inspira del torpe mundo entre el bullicio loco, un Dios omnipotente lo bendice: si te hace falta un seno en que verterlo, pobre huérfano, ven, llora conmigo.

JULIA B. GOLQUENA.

COMO MUCHAS.

Dicen que para agradar, Matilde, te pintas sola, y es cierto, pero al pintar te pintas con escayola.

JULIO MONREAL.

MI ILUSION.

Tras de unas flores otras flores nacen, y el gozo viene del dolor en pos; sigue á una noche tenebrosa, oscura, la luz del sol.

Tan solo ¡ay! ¡triste! mi ilusion querida, marchó en los brazos de un funesto amor: volvió la primavera con sus flores, ¡mi ilusion no volvió!

ANTONIO DE SAN MARTIN.

REVISTA DE MODAS.

París 19 de agosto de 1870.

De varios puntos me escriben preguntándome si el antiguo corpiño blanco sigue de moda. El antiguo corpiño, hecho de muselina ó de nansuk blanco y que se ponía con todas las faldas y un cinturón, no se lleva ya sino en las circunstancias siguientes:

Cuando se trata de vestidos que no tienen ninguna pretension á la moda;

Cuando forma parte de un traje sencillísimo, destinado á señoritas muy jóvenes;

Cuando se pone, no ostensiblemente, sino debajo de un paletó igual al vestido.

Fuera de estos casos, no se vé ya un corpiño blanco por el mundo, y siempre que se desee aprovechar un vestido cualquiera sin corpiño, se le pondrá á manera de enagua debajo de una túnica ó segunda falda alta, hecha de una tela que armonice en color con la de la enagua. Si el mencionado vestido sin corpiño no estuviere cortado en puntas, si no fuese completamente aplastado, se le pondrá con una casaca de muselina blanca (cuyo patron ya hemos publicado), ó con una casaca de encaje negro.

Ignoro si la moda nos reserva para la próxima estación alguna invención sorprendente (estas sorpresas empiezan á no estar de moda); pero el hecho es que hasta ahora manifiesta su deseo de introducir las menos mudanzas posibles en nuestras vestiduras. Desde luego, piensa conservar el *traje corto*, es decir, esa falda redonda más ó menos adornada, y la túnica, el paletó hendido, los sombreros como los que hemos dado ya á conocer, el miriñaque en forma de *polison* más bien que como enagua circular, en una palabra, los principales rasgos de la moda que conocéis, modificándolos conforme á las exigencias de las telas de invierno.

Preveo desde ahora que, dentro de un mes, habrá abundante materia para nuestras revistas que tratan especialmente del partido que se puede sacar de los objetos que cada cual posee, acomodándolos al gusto del día, con preferencia á describir uno ó dos trajes tan extravagantes como efímeros.

A más de la cachemira, que seguirá imperando este otoño en todos sus colores oscuros y medianos, se llevará mucho el paño y el merino. Yo prefiero la cachemira al merino, pero prefiero todavía más el merino al paño, y, sin embargo, la cachemira es menos costosa que el merino, y este menos caro que el paño. Solo que de estas tres clases de telas, la cachemira es la que viste mejor, la que cae en pliegues más naturales y graciosos. El paño es una tela *áspera*, y que no tiene en su abono más que lo subido de su precio. No pretendo impedir á nadie que lleve los vestidos de paño que están á la moda; pero debo decir mi opinión, y la manifiesto fundándola en las razones que la justifican. El paño no ha *vestido* nunca bien á ninguna señora; yo soy de parecer que se le deje para los uniformes.

A parte del paletó corto y hendido, se verá en la estación próxima un gran número de talmas, redondos, abiertos por los costados con paños separados y cortados en cuadro, pero al fin talmas, para darles su verdadero nombre.

Es todo cuanto por hoy puedo comunicar á mis curiosas lectoras; estoy á la pista de novedades, que les anunciaré á medida que vayan descubriéndose.

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

ESPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.273.

Vestido de debajo con corpiño descotado y mangas cortas de faya azul. En el borde inferior un volante grande, de 35 centímetros de altura, con tres biases de faya azul por encima, ribeteados por cada lado con un volante de muselina blanca, plegada, de 2 centímetros de ancho. Túnica de muselina blanca, guarnecida con dos volantes plegados de una anchura desigual. El primero (borde inferior) tiene 6 centímetros de altura, y el segundo, puesto *en pié*, 4 centímetros; entre los dos volantes va una cinta azul. La túnica va recogida sobre el costado derecho por una banda ancha de tafetán, con un fleco en cada punta. Casaca ajustada, con adeltas, también de muselina blanca, guarnecida lo mismo que la túnica.

Vestido de faya negra, cubierto con seis volantes. Cada volante va ribetado de una tira de faya blanca deshilachada, puesta debajo del volante y sobresaliendo un poco: por encima de cada volante va un rizado de la misma faya blanca, deshilachada. *Puff* de faya negra, guarnecido con un volante igual adornado de faya blanca. Corpiño abierto en forma de fichú, y guarnecido como los volantes.

EVELINA RAYMOND.

CORRESPONDENCIA.

Madrid 20 de agosto de 1870.

J. A. de Q., Ciudad-Real.—Son más propios de sala de confianza, pues generalmente para que puedan estar los cogines en una sala de rigurosa etiqueta, es preciso sean de terciopelo bordado, esto es, si los muebles son de lujo.

J. M., Haro.—El color del traje es precioso, y lo más á propósito para guarnecerlo serían biases de raso del mismo color y flecos, esto es, si lleva algun volante y segunda falda, al borde de la que se pondrá el fleco.

Si no fuere así, podría llevar segunda falda de granadina de seda, un poco más clara que el vestido, negra ó morada, bordada con fleco. Corpiño descotado igual al vestido, con segundo alto, de granadina, así como la manga, en cuyo caso se recogería la segunda falda con lazos de cinta del color del vestido.

B. A., Estepa.—El corsé-jaula es de lo más ligero y fresco para esta estación; pero es preciso encargarlo á París. Para lo que me indica, una joven delicada no puede encontrar otro mo-

dolo más á propósito, pues además de hacer el talle elegante y delgado, no molesta ni es perjudicial: aguardaré su contestación para encargarlo.

E. R. de Ll., Cádiz.—Los gabanes ajustados de cluni negro, guarnecidos con un volante ancho y sujetos por un lindo cinturón, sirven perfectamente para toda clase de vestidos, sean de lana, seda ó muselina, y además son muy útiles para corridas, teatro ó reuniones de confianza, llevando debajo un corpiño descotado, igual al vestido. Las rosas para los sombreros son propias para todas las estaciones: con respecto á las flores de otoño, nada más lindo que las dalias con follaje, las margaritas y los pámpanos: para campo, la aconsejo compre el sombrero de paja de Italia, y con alas anchas; es decir, forma *Pamela*.

A. H. de O., Mallorca (islas Baleares).—Preciso es que se fije mucho en los libros que escoja, fúndose del impulso de su corazón. Los libros son unos maestros excelentes, ó un guía perjudicial si desarrollan en una imaginación joven ideas novelescas y exageradas. El plan de educación es muy bueno, y no debe descuidarse en fijar horas para los estudios ó para las labores. El bordado en oro, seda, el hacer flores y frutas, son verdaderamente labores de adorno, pero útiles y bonitas. Hoy las frutas y flores de cera están muy en boga.

El bordar bien en blanco, el crochet y las labores de aguja, son indispensables, pues con ellas se obtienen objetos caseros de reconocida utilidad. El francés y el inglés, segun mi opinion, son los idiomas más necesarios; en el piano, lo principal es conseguir un buen profesor, para que desde el principio dé acertada dirección á su discípula.

Creo haber contestado, aunque no demasiado estensamente, por no permitirlo esta sección de nuestro periódico, á todas sus preguntas.

E. A. de E., Granada.—Debe hacerse el gaban de reps negro, abierto en las costuras y adornado con terciopelo y fleco: solapas sobrepuestas con tiritas de terciopelo y la manga ancha: este modelo es precioso. Necesita cuatro varas de tela.

LA BARONESA DE WILSON.

ADVERTENCIA.

Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS DE CÁDIZ.

La Administración de nuestro periódico en dicha ciudad, se halla exclusivamente encomendada al establecimiento de librería y depósito hidrográfico de los señores Verdugo y Compañía, plaza de San Agustín.

ANUNCIOS.

VELUTINA CHARLES La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparación al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—La Velutina es adherente, impalpable y absolutamente invisible: así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja. La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en París.

LA ESPECIAL EN LUTOS Y ALIVIOS.—Única casa en esta capital, L. Carmen, 33, principal.—Telas de todas clases para lutos y alivios de casa y de calle.—Abrigos, pañuelos, chiles, velos, mantos y bisutería con el propio objeto.—Mostruarios á domicilio de los indicados artículos.

Se entregan trajes concluidos, seis horas después de hacer el encargo.—Equipos completos desde 80 reales.

UNGUENTO Y PÍLDORAS HOLLOWAY.—Dolores Reumáticos, Tic-Doloroso.—Estas enfermedades prevalecen por desgracia con grande extensión en nuestro país, y son, por lo común, sumamente dolorosas. Algunas veces desahian, durante años enteros, todos los esfuerzos de la ciencia médica hechos para mitigar los padecimientos del afligido del mal. El Unguento y las Píldoras Holloway han curado invariablemente las dolencias de este género, á que se han aplicado. El Unguento ejerce una influencia peculiar y refrigerante en los nervios y músculos, calmando los pasmos y mitigando los dolores. La violencia y la frecuencia de los ataques se disminuyen poco á poco hasta que por fin los paroxismos cesan completamente. Las Píldoras Holloway restituyen el cuerpo debilitado á un estado de salud y vigor; al paso que usando el Unguento personas que por espacio de muchos meses se habían visto postradas en cama por efecto de hinchazones y dolores reumáticos, han sido curadas en muy poco tiempo.

VAJILLAS: de loza inglesa, porcelana francesa, gran surtido en juegos de lavabo, cristalería, macetas; precios económicos. San Cristóbal, 41.

COFRECHITO BELLEZA á 250 francos.—BLANCO DE PAZ, á 10 francos.—ROSA DE CHIPRE, á 20 francos.—En la Oficina Higiénica, 17, calle de la Paz, primer piso: París.

ACEITE DE ABRÓTANO (ABROTANUM). Especialidad sin rival para el crecimiento y conservación del cabello y de la barba. Acompaña á cada frasco una reseña para el uso de este aceite. Precio, 5, 7 y 10 rs. frasco.

De venta en Madrid, Toledo, 46, y Carretas, 31, y en provincias, en las principales perfumerías. Fabricante, J. S. Chavero.—Málaga.

LA BENEDICTINA, LICOR FAVORITO DE LAS DAMAS, dulce, suave, de un gusto exquisito, aperitivo y digestivo, preserva de toda clase de epidemias.

Depósito en París, 49, rue Vivienne, y en las principales ciudades de España y Ultramar.

VICHY. La compañía arrendataria del establecimiento termal de Vichy vende, además de las aguas de Vichy, todas las aguas minerales naturales conocidas.

Sales para baños de Vichy, pastillas digestivas, chocolate fabricado en Vichy con las sales estraidas de las fuentes bajo la inspección del Estado.

Administración central: París, 22, boulevard Montmartre.—Depósito en las principales ciudades del mundo.

EAU DES FÉES, TINTURA progresiva para los cabellos y la barba. Nada hay que temer al emplear esta agua maravillosa, de la cual se ha hecho propagadora Mme. Sarah Félie.—Depósito general: en París, 43, rue Richer.

Depósito en los establecimientos de los principales Peluqueros y Perfumistas de España y América.

AGUA DE LA FLORIDA para conservar y restablecer el color natural del cabello. MAS DE QUINCE AÑOS DE BUEN ÉXITO.—El agua de la Florida, compuesta del jugo de plantas exóticas y de sustancias cuyo uso benéfico está reconocido por la facultad de Medicina de París, no es una tintura (hecho que importa mucho consignar), puesto que la misma agua devuelve á cada cual el color primitivo de su cabellera. El uso del Agua de la Florida destruye además la caspa, hace crecer el cabello é impide su caída.—Precio de la botella: 10 francos.

ACEITE DE LA FLORIDA.

Este aceite, compuesto de sustancias vegetales exóticas, contribuye poderosamente con el Agua de la Florida, á la consistencia, hermosura y conservación del cabello.—Precio de la botella: 5 francos.

En casa de Guislain y Compañía, calle de Richelieu, 112, París.

Hay que desconfiar de las falsificaciones.

TESORO DE LA BOCA.

El elixir y polvos dentríficos del señor Dueñas (médico-cirujano-dentista), son uno de los mejores remedios para los padecimientos de la boca.

Bien conocidos del público por espacio de doce años, no necesitan elogios, pues las personas que los usan están bien satisfechas de sus buenos resultados. Se venden en casa del autor, Carretas, 7, principal; calle Mayor, bazar de la Union, núm. 1, y gran bazar, núm. 2; Montera, 4, Skroopp; Peligros, 4, farmacia; Carretas, 3 y 13, comercios; Leon, 43, farmacia de Ortega; Jacometrezo, 41, perfumería de Vivar, y Arenal, 16, librería.

En Valladolid, señor Reguera, farmacéutico, y Granada, perfumería de Reyes Católicos; á 10 rs. frasco y 4 rs. caja. Por mayor se hace mucha rebaja en el precio.

GEROGLÍFICO.



La solución en uno de los próximos números.

MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA ILUSTRACION,
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.